

ESTABILIZACIÓN, REFORMAS Y EL MERCADO DE TRABAJO URBANO EN ARGENTINA

Luis Beccaria

Investigador-docente del Instituto de Ciencias
de la Universidad Nacional de General Sarmiento

INTRODUCCIÓN

Se analiza en este documento el comportamiento reciente del mercado de trabajo urbano argentino. Si bien el objetivo central es estudiar lo sucedido durante los noventa en el marco del proceso de estabilización y reforma, se consideró necesario ubicar los acontecimientos más cercanos en el contexto del desarrollo registrado en períodos anteriores. El proceso de reestructuración en marcha tiene sin duda impactos significativos sobre el mercado de trabajo, pero el comportamiento reciente no puede entenderse cabalmente sin esta mirada de más largo plazo que permite discutir cómo algunos problemas laborales y de distribución del ingreso no son de ninguna manera nuevos en la Argentina.

La discusión acerca de los efectos del programa de convertibilidad, y de la reestructuración productiva resultante, sobre el empleo y los ingresos constituye la segunda sección del artículo y es antecedida por aquella donde se analiza la evolución del mercado de trabajo entre 1975 y 1990. En ambos casos, el abordaje de los aspectos ocupacionales está precedido por algunos comentarios sobre las principales características de la dinámica económica general. El trabajo concluye con unas breves reflexiones referidas a las características más estructurales que podrían ir emergiendo del proceso de reformas.

EL PERÍODO DE ESTANCAMIENTO E INESTABILIDAD

Más allá de los diferentes puntos de vista sobre las características del mercado de trabajo argentino durante el período de posguerra, existe acuerdo

acerca de su paulatina modificación desde mediados de los setenta. A partir de ese momento — cuando la economía entra en un período de estancamiento e inestabilidad — se incrementan los niveles de subocupación, caen las remuneraciones y se modifican algunos aspectos de su funcionamiento, profundizando ciertos rasgos típicos de los mercados de trabajo de los países en desarrollo.

Breves comentarios sobre la evolución económica

A partir de 1976 comienza a deteriorarse la situación social tal como lo evidencia el aumento de la desigualdad distributiva y de la pobreza absoluta.

En marzo de ese año se quiebra nuevamente el régimen constitucional y el gobierno de facto explicita la intención de reestructurar los aspectos básicos que definen el padrón de acumulación buscando reinsertar a la economía argentina en el mercado mundial a partir del aprovechamiento de sus ventajas comparativas. Tal proyecto no podía ponerse en marcha plenamente dados los fuertes desequilibrios macroeconómicos, por lo que se implementa inicialmente un típico programa de estabilización para hacer frente a las dificultades del balance de pagos y los niveles inflacionarios nunca antes conocidos en el país. Las medidas que conformaron este programa del gobierno militar alteraron fundamentalmente la distribución del ingreso a través de una reducción de los salarios. El promedio de estos caen, en 1976, aproximadamente un 30% respecto de los de años previos. Tal comportamiento fue acompañado de cambios en la distribución entre asalariados, con lo cual muchos trabajadores vieron disminuir sus ingresos en una proporción aún mayor.

Luego de tres años en los que se ensayaron diversas políticas destinadas a controlar la inflación, en 1979 se puso en marcha un nuevo esquema estabilizador que fijaba el tipo de cambio para los meses siguientes según una pauta de aumento decreciente.¹ Si bien esta medida redujo la inflación, no logró que ella se ubicase por debajo del ritmo de devaluación,² por lo que se fue generando un importante atraso cambiario (esto es, precios domésticos creciendo en términos de divisas).

Pero, sin duda, el hecho más destacable del período, y que va a signar el devenir futuro de la economía, fue el acelerado crecimiento de la deuda

externa. Tal proceso se verificó sin una expansión paralela de la capacidad productiva y con superávit de la cuenta comercial.

Finalmente, en marzo de 1981, junto con el cambio de presidente, se modificó el esquema de la política económica. Se devaluó el tipo de cambio provocando los conocidos efectos inflacionarios y contractivos, reforzados el año siguiente por la guerra de Malvinas. Los salarios alcanzaron en 1981 y la primera parte de 1982 niveles similares a los de 1976 (véase acápite siguiente).

La herencia de la experiencia aperturista resulta conocida: el país pasa a enfrentar una seria restricción externa y el sector privado sale de ella mostrando un alto grado de endeudamiento tanto interno como externo. El gobierno estatiza entonces la deuda externa privada y permite una licuación del pasivo de las empresas. El déficit del sector público se eleva — llega al 15% del PBI en 1982 y 1983 — debido, entre otras causas, a la necesidad de hacer frente al pago de los intereses de esa deuda.

Los efectos del elevado endeudamiento externo impidieron la consolidación del ciclo de crecimiento de la actividad iniciado en 1983 y hacia del año siguiente se agudizaron los problemas de balance de pagos e inflacionarios, lo cual llevó a poner en marcha políticas contractivas. El plan Austral morigeró la inflación, pero no logró consolidar la estabilidad. Durante los años posteriores continuó un proceso de estancamiento influido por las restricciones que imponía la deuda externa y el comportamiento muy negativo de los términos del intercambio.

En resumen, la economía argentina experimentó un franco deterioro de su crecimiento entre mediados de los años setenta y fines de los ochenta. Ello refleja, de alguna manera, los límites de la experiencia sustitutiva pero fue, fundamentalmente, consecuencia de políticas que generaron un tipo de restricción externa diferente a la que el país venía experimentando: la que impone el abultado nivel de endeudamiento. A su vez, las políticas desarrolladas a lo largo de los ochenta no pudieron hacer frente con suficiente éxito a algunos aspectos ya estructurales de la economía argentina como el manejo de las cuentas públicas, y tampoco al “régimen de alta inflación” que prevaleció desde mediados de los setenta (aún cuando ambos factores no resultan independientes). Este último elemento es de gran importancia para entender tanto los efectos internos del endeudamiento externo como las dificultades para lograr una estabilización sostenida.

El mercado de trabajo

La culminación de un largo período de crecimiento económico relativamente sostenido que se produce a mediados de los setenta y el inicio de otro de persistente inestabilidad macroeconómica, que se extiende hasta principios de los años noventa, afectó claramente al mercado de trabajo. Como era de esperar, más allá de las fluctuaciones cíclicas, la tasa de desempleo abierto tendió a elevarse, aunque sólo lo hizo moderadamente — hasta niveles cercanos al 6-8% a fines de los ochenta (Cuadro 1) — como consecuencia de otros dos desarrollos. Por un lado, el lento crecimiento de la fuerza de trabajo; por el otro, el deterioro de la productividad. Entre 1974 y 1990 la ocupación agregada aumentó 25% y, como el PBI se estancó, el producto por trabajador declinó aproximadamente 20%. Este último comportamiento se asocia, aún cuando sólo en parte, a la expansión del sector informal y del subempleo visible.³

El aumento del desempleo se extendió a través de ciudades con diferentes niveles iniciales de desocupación, afectando tanto a las más industrializadas — Gran Buenos Aires, Córdoba, Rosario o Santa Fe — como a las ubicadas en áreas menos desarrolladas, por ejemplo, Posadas, Salta, San Juan, Catamarca o Tucumán. Con ello, se constituyó en un problema nacional, presente a través de regiones y sectores.

Se difundió, asimismo, a través de los estratos sociales. A principios de los noventa, las tasas específicas de desempleo para los activos con diferentes niveles educacionales eran casi similares y sólo eran muy bajas entre los graduados universitarios. Esta situación difería de lo que acontecía quince años atrás, cuando los activos de menor calificación registraban las tasas más bajas. Por lo tanto, las crecientes dificultades que se manifestaron en el mercado laboral desde mediados de los setenta afectaron a personas con diferentes calificaciones, pero con mayor intensidad a los de menor educación.

Los jóvenes continuaron siendo, a lo largo del decenio de los ochenta, el grupo más golpeado por la falta de oportunidades de empleo aún cuando el empeoramiento de las condiciones fue sentido también por otros grupos de trabajadores.

El crecimiento — moderado, por cierto — de la duración media de los episodios de desempleo constituye otra evidencia del deterioro de la de-

Cuadro 1. Evolución del empleo, el desempleo y las remuneraciones

	Tasas de desempleo		Tasas de actividad		Ocupación				Ingresos medios de asalariados GBA
	Total urbano	Gran Bs.Aires	Total urbano	Gran Bs.Aires	Total		Asalariada		
					Total urbano	Gran Bs.Aires	Total urbano	Gran Bs.Aires	
	(% de la PEA)		(% población total)		(Índice base octubre de 1974 = 100)				
Oct./74	3,4	2,5	40,1	40,6	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Oct./80	2,5	2,2	38,5	39,4	109,9	106,9	102,5	101,3	85,7
Oct./86	5,2	4,5	38,7	40,0	119,2	114,0	73,4
Mayo/90	8,6	8,6	39,1	40,9	123,1	116,2	112,9	107,2	49,7
Oct./90	6,3	6,0	39,0	40,3	126,2	118,3	117,3	108,4	52,5
Mayo/91	6,9	6,3	39,5	40,9	128,6	120,6	119,2	111,1	54,6
Oct./91	6,0	5,3	39,5	40,8	130,6	122,0	121,7	113,4	58,6
Mayo/92	6,9	6,6	39,8	41,4	131,7	122,9	123,0	116,0	60,1
Oct./92	7,0	6,7	40,2	41,7	133,6	124,3	122,4	115,2	63,3
Mayo/93	9,9	10,6	41,5	44,2	134,7	127,1	122,6	116,6	65,2
Oct./93	9,3	9,6	41,0	43,3	134,9	126,5	122,4	115,0	66,9
Mayo/94	10,7	11,1	41,1	43,4	134,7	125,5	122,9	116,0	68,8
Oct./94	12,2	13,1	40,8	43,1	132,3	122,4	122,3	113,3	67,7
Mayo/95	18,4	20,2	42,6	45,9	129,7	120,5	122,2	115,7	64,3
Oct./95	16,6	17,4	41,4	44,2	130,0	120,7	120,9	112,8	63,5
Mayo/96	17,1	18,0	41,0	43,5	129,3	118,7	121,7	112,0	62,8
Oct./96	17,3	18,8	41,9	44,9	132,0	121,9	124,1	117,0	62,0
Mayo/97	16,1	17,0	42,1	45,0	136,0	125,7	129,3	121,2	64,4
Oct./97	13,7	14,3	42,3	45,1	142,8	130,7		126,5	63,0

Fuente: En base a la Encuesta permanente de hogares del INDEC.

manda de trabajo. Si bien la falta de un esquema de seguro o subsidio de desempleo explica en parte la baja duración, entre 1980 y 1990 aumentó — del 26% al 40% — la proporción de aquellos que estaban desocupados por un período que va entre los 4 y los 12 meses, reduciéndose la proporción de que lo habían estado 4 meses o menos.

El empleo no asalariado creció como proporción de la ocupación total durante el período: del 24% en 1974 al 33% en 1990. Los datos para el Gran Buenos Aires también sugieren que el segmento de ocupados que puede considerarse primordialmente informal⁴ continuó expandiéndose aún más que el conjunto de los trabajadores no asalariados durante los ochenta. La ocupación formal lo hizo en sólo el 5,5% entre 1980 y 1991, proporción que se compara con el 24% que alcanzó el sector informal.

La estructura sectorial del empleo continuó mostrando durante ese largo período la misma tendencia que venía exhibiendo con anterioridad, ya que se registró una nueva e importante alza del peso relativo del sector terciario

y una reducción de la industria manufacturera. Una de las fuentes de ese aumento parece haber sido el empleo público.⁵

El sostenido aumento de la proporción de empleo asalariado no registrado es otra característica que merece destacarse: ella creció en el Gran Buenos Aires del 19% en 1980 al 26% en 1990.⁶ Este desarrollo está asociado a la mencionada expansión de la ocupación en pequeñas firmas ya que este estrato exhibe la mayor incidencia de empleo en negro. Sin embargo, los puestos clandestinos también ganaron posiciones entre las empresas medianas y grandes. Nuevamente, las bajas oportunidades de lograr un empleo formal facilitaron la evasión de las normas laborales.

Junto con los cambios del empleo, se observaron modificaciones en la evolución y estructura de las remuneraciones. La fuerte reducción del salario real en 1976 determinó en buena medida que el promedio correspondiente al período 1976-1990 fuera cerca de 10% inferior al promedio de los años sesenta y similar al de 1950-1963. Este comportamiento del nivel promedio de las remuneraciones reales de los asalariados puede sintetizarse señalando que entre 1974 y 1990 las correspondientes a los trabajadores industriales se redujeron en 37%. Si la comparación se efectúa entre 1970 y 1990 (el año 1974 constituye, junto con el anterior y el siguiente, picos en la serie) la disminución es del 27%. Entre los extremos del decenio de los ochenta (entre 1990 y el promedio de 1979 y 1980) ellas cayeron en el orden del 10/20% según los datos que provienen de relevamientos a empresas. Las cifras de la encuesta de hogares — que arroja una disminución similar para el caso de los ingresos de trabajadores de firmas industriales grandes⁷ — indican, sin embargo, que para el conjunto de los asalariados el deterioro habría sido sustancialmente mayor (Cuadro 1).

La lenta evolución de la demanda de trabajo de las actividades formales influyó sin duda en este estancamiento de las remuneraciones. Sin embargo, otros dos elementos deben tenerse en cuenta. Por un lado, el comportamiento del tipo de cambio y de los términos de intercambio, variables que tradicionalmente influyen sobre las remuneraciones reales. Por otro lado, la alteración del marco institucional del mercado de trabajo, en particular, la prohibición a partir de 1976 de las actividades sindicales y la fijación de los salarios por vía administrativa. Si bien las restricciones impuestas a los sin-

dicatos fueron levantadas en 1983, las negociaciones colectivas no se restablecieron sino cinco años más tarde.

El derrotero seguido por los salarios está íntimamente relacionado al continuo deterioro de la productividad del trabajo a lo largo del período 1975-1990. Las remuneraciones, sin embargo, experimentaron una reducción mayor; consecuentemente, la relación entre la masa salarial y el PIB cayó significativamente: del 43% en 1974-1975 al 32% en 1988,⁸ año previo al de los episodios hiperinflacionarios.

Este comportamiento exhibido por las remuneraciones de los asalariados se replica para los otros perceptores. Los datos de la encuesta de hogares indican que los ingresos de los ocupados no asalariados mostraron una evolución similar a la de aquellos, mientras que los jubilados han visto deteriorar sus haberes en una proporción aún superior. Con relación a los primeros, el lento crecimiento (y aún reducción) del empleo formal llevó a que el cuentapropismo operase en mayor medida como un sector de refugio frente al desempleo. Se generó de esta manera una presión de oferta en mercados que enfrentaban una débil demanda como consecuencia del estancamiento económico global y de la reducción de otro tipo de ingresos. La paulatina y profunda pérdida que exhibió el valor real de los haberes de los pasivos desde mediados de los setenta estuvo claramente asociada a las dificultades que vino enfrentando el sistema de seguridad social, agudizadas por el deterioro de las remuneraciones de los activos.

En promedio, el conjunto de los perceptores redujeron sus ingresos en aproximadamente 35% entre 1990 y 1979/80, lo cual llevó a que el ingreso familiar per cápita se deteriorase en una proporción similar — 30%. Aún cuando se considere que esta caída está sobrestimada, la evidencia de los relevamientos a empresas sugiere que la misma no debió haber sido inferior al 20%.

LA EVOLUCIÓN MÁS RECIENTE

Si bien la política implementada a partir de 1991 permitió estabilizar y hacer crecer la economía, no logró, hasta el momento al menos, mejorar el panorama respecto del empleo, temática que pasó a ocupar — como nunca antes — el primer lugar entre las preocupaciones de los argentinos. Lo acontecido con la ocupación, el desempleo y los ingresos durante la convertibilidad se-

rá analizado en esta sección luego de una descripción de la evolución económica general y de las medidas puestas en práctica en el período.

Estabilización económica, crecimiento y ajuste estructural

La inestabilidad macroeconómica que sufrió la economía argentina durante los ochenta culmina con los episodios hiperinflacionarios de 1989 y 1990. El gobierno instalado en ese año no consigue mejorar inicialmente la situación y es recién el equipo económico que comienza a operar a fines de enero de 1991 el que pone en marcha un programa de estabilización que logra detener la inflación y hacer crecer la economía. El mismo también consolida los cambios en diversos marcos regulatorios que tíbiamente habían comenzado a realizarse con anterioridad.

En lo que hace a las medidas de corto plazo, se fija el tipo de cambio, permitiendo que flote dentro de una banda reducida. Esta paridad recibe al poco tiempo sanción legislativa; la ley establecía la convertibilidad de todo el circulante y la prohibición de emitir dinero sin el correspondiente respaldo en activos externos.

La reducción de la inflación permitió mejorar la recaudación tributaria, lo cual fue reforzado por el aumento de las alícuotas de ciertos impuestos — básicamente el IVA. Se promovieron también cambios en la administración tributaria que permitieron reducir la evasión, fenómeno que constituyó una fuente significativa de mejora de la recaudación.⁹

Los efectos del paquete se apreciaron en poco tiempo (el Cuadro 2 incluye algunos indicadores macroeconómicos); la inflación se redujo rápidamente: la variación del índice de precios al consumidor alcanzó el 3%¹⁰ en mayo y valores cercanos al 1% hacia fines de año. La estabilidad permitió, por un lado, mejorar el poder de compra de las remuneraciones y, por el otro, la difusión del crédito de consumo. Este último fenómeno permitió un significativo crecimiento de la demanda doméstica, que fue particularmente relevante para los bienes durables. El mercado inmobiliario también se vio favorecido por un mayor acceso al crédito, lo cual permitió la recuperación de la actividad de la construcción, sector que había atravesado un largo período de estancamiento. Las inversiones de las empresas privatizadas fueron otro de los factores que contribuyeron a la expansión de la demanda interna.

Cuadro 2. Indicadores macroeconómicos

	Variación del PBI* (%)	Variación del IPC** (%)	Saldo balance comercial (% PBI)	Superávit primario del Sector Público Nacional (% PBI)	Precios industriales/servicios (índice 1989 = 100)
1980-1989	-1,0	349,3	2,5	-3,0	
1990	-1,3	1.343,9	5,6	-1,5	63,3
1991	10,5	84	1,5	-1,7	39,7
1992	10,3	17,5	-1,7	2,2	31,0
1993	6,3	7,4	-2,1	2,5	27,5
1994	8,5	3,9	-2,6	1,0	26,2
1995	-4,6	1,6	0	1,0	27,0
1996	4,4	0	-0,3	-0,2	27,0
1997	8,4	0,3	2,0	-	27,1

Fuente: Ministerio de Economía y Obras y Servicio Públicos y CEPAL.

* Variación entre promedios anuales; ** Variación entre diciembre y diciembre.

La fuerte entrada de capitales externos que se verificó entre 1991 y 1994 — derivada de la mayor confianza que generaba la estabilidad y la orientación de la política económica, pero también de lo que sucedía en el mercado financiero internacional — facilitó el crecimiento de la demanda agregada. Ese flujo incrementaba la liquidez doméstica y alejaba las dificultades que podría provocar el fuerte desequilibrio de la cuenta corriente externa.

El proceso de reducción de la tasa de inflación fue acompañado de un cambio importante en los precios relativos a favor de los no transables. Este proceso se verificó fundamentalmente durante los dos primeros años de vigencia del plan y, en menor medida, durante 1993 (Cuadro 2); a partir de 1974 se detuvo pero no se revirtió. La revaluación real del peso, aunada a la disminución de la protección arancelaria, afectó negativamente la competitividad de la industria nacional, produciéndose un fuerte crecimiento de las importaciones mientras que, simultáneamente, no proliferaron nuevos emprendimientos de envergadura destinados a aumentar la capacidad exportadora.

Por lo tanto, la reducción de la protección arancelaria, el atraso cambiario y el aumento de la presión fiscal hicieron que la demanda de varias líneas de producción de bienes transables fuese absorbida por las importaciones y muchas firmas no pudieron continuar produciendo. En general, las empresas debieron realizar importantes adecuaciones tendientes a disminuir costos. Precisamente, varias de las reformas introducidas, o propuestas por las autoridades (algunas de las cuales se mencionarán inme-

diatamente), buscaban no solo reducir la intervención estatal para favorecer las inversiones, sino que tenían el explícito objetivo de eliminar o atenuar los costos que imponían ciertas regulaciones. El acceso diferencial al crédito de los diversos tipos de firmas constituyó otra de las razones que impidió que muchos productores pudiesen hacer frente a las nuevas reglas del juego que imponía una economía más abierta, por lo que se está produciendo, nuevamente, una paulatina concentración de la producción y centralización del capital.

Hacia fines de 1994 se produce un quiebre de la tendencia creciente del nivel de actividad que se había iniciado tres años antes. La fragilidad de una economía cuya expansión descansaba en la entrada de capitales se advirtió claramente luego de la crisis mexicana. Las nuevas condiciones del mercado internacional de capitales redujeron la oferta de créditos y elevaron las tasas de interés, lo cual llevó a desaceleraciones o caídas en el nivel de actividad doméstica. Algunas ramas compensaron el menor dinamismo del mercado interno con el incremento de las exportaciones que mostraron nuevamente su papel contracíclico. Las ventas externas se beneficiaron, además, del aumento de las compras del Brasil y de los mayores precios internacionales registrados desde 1994.

Uno de los impactos más preocupantes de la recesión recayó sobre las cuentas fiscales. Aún cuando se redujeron los gastos, la alta sensibilidad de la recaudación al nivel de actividad impidió lograr las metas de superávit compatibles con los compromisos asumidos en términos de pago de la deuda externa.

Ya hacia fines de 1995, sin embargo, se advirtieron signos de recuperación al normalizarse los flujos de capitales externos. Esta recuperación se fue consolidando a lo largo de 1996, motorizada por la reducción de la tasa de interés y la buena performance de las exportaciones que llevó a que, no obstante el elevado dinamismo de las importaciones producto del crecimiento, el balance comercial resultó equilibrado.

La relativamente rápida recuperación de la economía argentina a los efectos de la crisis internacional ha sido señalada como muestra de su creciente fortalecimiento derivado de los cambios estructurales. Sin embargo, la sostenibilidad de un crecimiento elevado es todavía un tema de discusión. Por un lado, existe una clara deficiencia de su nivel de ahorro interno que

está siendo cubierto por la importante afluencia de capitales externos por lo que cabe interrogarse acerca de la perdurabilidad de tal esquema. Así, durante 1997 la economía argentina continuó creciendo rápidamente y se aceleró el ritmo de expansión de las importaciones provocando un nuevo crecimiento de déficit externo. Por otro lado, la evolución macroeconómica resulta muy sensible a los *shocks* externos, sean aquellos relacionados con los movimientos de capitales o sean los derivados de cambios en la demanda internacional de los bienes de exportación, especialmente la derivada de Brasil.

Cabe concluir este apartado con un breve comentario acerca de las importantes modificaciones introducidas en el marco regulatorio que enmarca el proceso de acumulación. Ellas buscaban consolidar el camino iniciado años atrás destinado a abrir la economía a la competencia internacional y reducir el papel del estado. Como ya se vio, la continuación del programa de apertura significó la eliminación de los derechos a las exportaciones y la reducción de los aranceles a la importación¹¹ así como las restricciones cuantitativas.

El proceso de privatizaciones se realizó aceleradamente ya que, además de reflejar el objetivo de retirar al estado de la esfera productiva, resultaba fundamental la entrada de capitales para apoyar el equilibrio de las cuentas externas y fiscales. De esta manera, se vendieron prácticamente todas las empresas públicas — electricidad, gas, agua, teléfonos, petróleo, aviación — y se concesionaron rutas, ferrocarriles y subterráneos.

Una primera ley de flexibilización laboral — que establecía diversas modalidades de contratación a tiempo determinado — se sancionó en 1991. Este fue, sin embargo, el inicio de los cambios en la regulación en este campo ya que simultáneamente comenzaron a tomar cuerpo otras propuestas tendientes a reducir los costos del trabajo derivados de las normas sobre indemnizaciones por accidentes/enfermedades y despidos. Estas modificaciones enfrentaron una fuerte oposición y no consiguieron inicialmente la aprobación del parlamento. Sin embargo, los muy altos niveles de desempleo verificados en 1994 y 1995 hicieron que el gobierno redoblase la presión sobre los legisladores lográndose la sanción de ciertas leyes durante 1995. Ellas implicaron, entre otras cosas, ciertos beneficios para las pequeñas y medianas empresas (para las que se redujeron los costos del despido)

y la flexibilización del uso del tiempo de trabajo, posibilitando que las convenciones colectivas definan jornadas diarias máximas superiores a las tradicionales sin que se supere el máximo anual. En 1995 también se introdujo el período de prueba, institución que posibilita a los empleadores a despedir durante los tres primeros meses de contrato sin tener que abonar indemnizaciones ni preaviso y durante los cuales, adicionalmente, tampoco se efectúan aportes patronales (excepto los correspondientes al seguro de salud).

En 1994 también se redujeron las contribuciones que efectúan los empleadores al régimen de seguridad social, benefició inicialmente solo dirigido a algunas actividades y cuya intensidad dependía de la localización de la empresa. Luego de dar marcha atrás parcialmente con esta medida (se disminuyeron las rebajas de las contribuciones) por problemas fiscales, en 1996 se volvió al esquema inicial como una política central en el combate al desempleo, extendiendo ahora la reducción al conjunto de actividades económicas.

Se privatizó el sistema de pensiones con un esquema parecido al chileno pero donde persiste el sistema público de reparto y puede optarse entre éste y el de capitalizaciones. Se introdujo, asimismo, la obligatoriedad del aseguramiento — en empresas privadas que tienen este sólo objeto — de los riesgos derivados de los accidentes y enfermedades.

El mercado de trabajo

El cambio experimentado por la situación macroeconómica y la competencia externa a partir de 1991 afectó significativamente la evolución del mercado de trabajo. Durante los dos primeros años de esta nueva modalidad de funcionamiento de la economía hubo una expansión significativa del empleo: entre mayo de 1991 y mayo de 1993 creció 4,6%, habiendo sido también muy dinámico el empleo asalariado (Cuadro 1). Sin embargo, esta tendencia no se prolongó más allá de 1993, cuando la ocupación se estancó para caer con posterioridad — entre mediados de 1994 y mediados de 1995 — y mantenerse luego estacionario hasta mediados de 1996, a partir de cuando vuelve a crecer, ahora aceleradamente.

El crecimiento del empleo durante la etapa inicial de la convertibilidad llevó a que desde las esferas oficiales (aunque no solo desde ellas) se avizorase que la Argentina podría atravesar la reconversión económica, deriva-

da de las reformas estructurales que se iban introduciendo, sin un empeoramiento marcado de los niveles de empleo. Por el contrario, se argumentaba que sería posible absorber paulatinamente no solo el crecimiento de la oferta sino también parte de la subocupación preexistente. Así, por ejemplo, en un documento gubernamental se proyecta una expansión del empleo del 3% anual entre 1992 y 1995 (Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, 1993). La elevación de la tasa de desempleo — que ya había alcanzado el 10% en mayo de 1993 — fue el primer signo que parecía contrariar tal predicción. Hacia el mes de mayo de ese año la tasa de desempleo urbano alcanzó un máximo histórico de 18,4% y también registró un valor extremo del subempleo horario (Cuadro 1).

Debe tenerse en cuenta que la desocupación ya se había convertido en el principal problema social y económico en 1993, antes de que la ocupación comenzase a caer. La ampliación de la oferta de trabajo explica el crecimiento de la desocupación hasta mediados de 1993, al menos en el Gran Buenos Aires. A partir de ese momento, sin embargo, los espectaculares aumentos de la desocupación obedecieron tanto a los cambios en las tasas de actividad como a la caída en la demanda de trabajo. Este comportamiento de la tasa de actividad fue interpretado de dos maneras diferentes. De acuerdo con una hipótesis, se estaba frente a la presencia del “efecto trabajador desalentado” (estrictamente, “alentado”), según la cual la expansión con estabilidad — y también el aumento de las remuneraciones — había hecho emerger parte de la subocupación que anteriormente estaba encubierta en la inactividad: la falta de oportunidades de empleo durante los ochenta habría llevado a que muchas personas no emprendieran una búsqueda activa de trabajo. La hipótesis alternativa recurría al “efecto trabajador adicional”, según el cual la pérdida de empleos que experimentaron algunas personas y/o los insuficientes ingresos familiares hicieron que miembros no activos del hogar comenzasen a buscar trabajo para compensar la pérdida — o reducción — de los ingresos.

Aunque no hay evidencia que permita corroborar ninguna de las dos hipótesis, la segunda encuentra un apoyo indirecto. Desde mayo de 1992, cuando la tasa de participación comienza a crecer, se incrementa de forma marcada la tasa de desempleo de los jefes de hogar (Cuadro 3). Cabe esperar que la pérdida de la principal fuente de ingresos familiar lleve a otros miem-

Cuadro 3. Indicadores del mercado de trabajo complementarios para los años noventa

	Proporción de asalariados no registrados (%)		Evolución del empleo por rama*						Empleo neto de subempleo*	Tasa de desempleo (% jefes activos)
			Total	Indust.	Construc.	Comercio	Finanzas, tpte y serv. empresas	A. pública y serv. pers.		
	Total urbano	GBA								
Mayo/90	29,7	...	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	4,9
Oct./90	31,9	...	102,5	105,1	106,0	98,5	98,6	107,5	103,0	3,8
Mayo/91	36,0	30,4	104,4	103,2	111,4	106,8	102,7	104,8	105,2	4,0
Oct./91	36,4	32,5	106,0	107,4	126,1	107,2	107,9	100,0	107,6	3,3
Mayo/92	36,8	34,7	107,0	110,0	122,8	107,8	101,3	98,7	108,2	3,9
Oct./92	36,3	32,8	108,5	107,4	118,4	114,0	110,0	98,7	110,0	4,2
Mayo/93	37,7	33,1	109,4	105,8	118,3	116,9	114,6	98,1	110,0	6,3
Oct./93	37,5	33,7	109,6	102,1	122,5	118,1	113,3	113,3	109,6	5,6
Mayo/94	37,6	34,6	109,5	99,0	126,7	113,1	131,1	98,0	108,4	6,6
Oct./94	34,2	29,2	107,5	96,3	131,5	107,9	131,7	...	106,2	7,6
Mayo/95	35,7	32,2	105,3	90,8	111,5	102,0	136,1	102,0	103,0	11,6
Oct./95	38,1	33,6	105,6	91,6	119,9	103,7	133,9	100,7	101,9	10,9
Mayo/96	38,9	33,4	105,0	87,9	114,3	103,6	138,2	102,2	101,2	11,9
Oct./96	40,8	36,4	107,2	88,2	125,2	105,6	139,1	...	102,2	11,4
Mayo/97	42,1	39,0	110,5	94,2	131,1	105,6	141,0	105,4	105,7	
Oct./97	...	38,8	116,0	111,7	

* Índice base mayo de 1990 =100

bros inactivos a buscar empleo. Más aún, entre octubre de 1994 y mayo del año siguiente el nuevo y significativo aumento de la tasa de participación acompañó claramente al empeoramiento de la demanda de trabajo.

Durante esos primeros tres años, la estructura sectorial de la ocupación continuó registrando las tendencias que venían operando desde hacía tiempo: cayó la correspondiente a la industria y se elevó la de servicios y comercio. Por su parte, la construcción había crecido ya en 1991 y volvió a hacerlo a partir de 1993, cuando el empleo agregado se estanca. La cantidad de personas que trabajaban en los servicios financieros y a las empresas continuó expandiéndose ininterrumpidamente a lo largo de todos estos años.

De la breve descripción de la evolución del empleo y el desempleo se deriva que la evolución de la ocupación hasta 1994 resultó de los efectos contrarios que producen dos procesos simultáneos. Por un lado, la expansión económica favoreció la creación de puestos de trabajo en una economía que había atravesado un largo período de estancamiento; tal expansión estuvo fundamentalmente asociada al *boom* de consumo derivado de la estabilización y en alguna medida, al crecimiento de las inversiones — ligadas a

este mismo fenómeno y también a las privatizaciones — y de las exportaciones. Por el otro lado, el efecto de la reestructuración productiva que, en cambio, tiende a eliminar puestos de trabajo y a reducir la elasticidad del empleo a los crecimientos del producto.

El segundo de estos factores habría comenzado a mostrar sus efectos luego de algún tiempo, a medida que las reformas iban consolidándose, lo cual se tradujo en el estancamiento del empleo. Tal desarrollo no resulta extraño en el marco de un proceso de reestructuración productiva, especialmente con las características que esta asumió en Argentina. La apertura fue en este caso abrupta, sin asistencia por parte del estado al proceso de adecuación productiva. Es esperable que en este contexto aumente la relación empleo/producto agregada del sector de transables. Esto obedecería, por un lado, a la desaparición de firmas y/o sectores de baja eficiencia, que no pueden adecuarse a los nuevos niveles de protección efectiva. En este caso, el aumento de la productividad promedio está acompañado de caídas en el empleo y de la destrucción del capital. Por el otro lado, los que sobreviven deben aumentar su productividad — tanto a través de la reorganización de los procesos de trabajo, con escasa inversión, como de la incorporación de tecnología — lo cual reduce el empleo o la elasticidad empleo/producto. Finalmente, la apertura disminuye el precio relativo de los transables — entre ellos, los bienes de capital — en relación con los no transables y, por lo tanto, el costo de los bienes de capital *vis-à-vis* el salario (en el supuesto de que estos evolucionan de acuerdo con el índice de precios al consumidor), promoviendo la sustitución de factores. De cualquier manera, en lo que hace a la cuestión de la tecnología, este último factor parece menos relevante ya que la elección factorial sería restringida. Quienes deben invertir para incrementar la eficiencia y competir con productos extranjeros tienen escasas posibilidades de selección ya que deben adoptar — por cuestiones, incluso, de calidad — la tecnología dominante o prevaleciente, generalmente intensiva en el uso de capital.

Debe tenerse en cuenta, adicionalmente, que si bien fue en el comercio y los servicios donde creció más la ocupación, el incremento de la relación producto/empleo fue generalizado: resultó importante en la construcción pero no fue despreciable en los servicios, aún los privados. En el contexto de una economía atrasada tecnológicamente, la apertura lleva también a au-

mentar la productividad entre las empresas de servicios. Deben agregarse también los efectos de las privatizaciones de firmas estatales (la mayoría productora de no transables), muchas de las cuales operaban con una baja relación producto/empleo. En relación con este último punto, hay que señalar que si bien el traspaso al capital privado de empresas públicas implicó una cantidad importante de despidos, estos explican una parte reducida de la expansión registrada en el desempleo total. Un cálculo provisorio ubica la caída del empleo en empresas públicas en el orden de los 150.000 puestos entre 1991 y 1995, cifra que constituye un 10% del aumento de la desocupación registrada en las ciudades donde se levanta la encuesta de hogares.

En el caso argentino, tal proceso de aumento de la productividad fue profundizado por el efecto del importante atraso cambiario que desprotegió aún más a la producción de transables y desalentó la inversión para la exportación. También redujo — adicionalmente al efecto de la apertura — el costo del capital en relación con el trabajo, aún cuando su efecto, según lo comentado más arriba, pudo haber sido menor. La existencia de un mercado financiero segmentado también contribuyó a hacer más costosa la transición en términos de empleo, constituyéndose en otro de los factores que desalentó la inversión capaz de hacer frente a los nuevos precios relativos.

La oferta laboral excedente de principios de los noventa explica, probablemente, porqué el empleo en negro continuó creciendo aún cuando la demanda formal se expandía (Cuadro 3). Esta tendencia sólo se detuvo momentáneamente entre mayo y octubre de 1994, período en el cual se pone en marcha el nuevo sistema de pensiones. Sin embargo, el continuo desmejoramiento de las condiciones generales llevó a una nueva expansión de las ocupaciones clandestinas.

El estancamiento productivo derivado de la crisis internacional de 1995 no hizo más que agudizar el insatisfactorio comportamiento del empleo que se venía manifestando desde mediados de 1993 (Cuadro 1). La ocupación cae fuertemente, proceso que se extiende durante la primera parte de 1996, período en el cual ya había comenzado a crecer la actividad económica.

Un aspecto que cabe destacar del comportamiento del mercado de trabajo argentino fue que a lo largo de la fase de estancamiento y reducción del empleo — entre mediados de 1993 y mediados de 1996 — el sector informal no pareció haber jugado un papel compensador o de refugio tal como

lo había sido durante el período 1975-1990 (véase más arriba). En efecto, entre mayo de 1993 e igual mes de 1996, cuando la ocupación total se redujo en 4%, las posiciones asalariados lo hicieron en menor medida (0,8%). Información para un período similar correspondiente a los cambios experimentados por el empleo del conjunto del sector informal¹² confirma este fenómeno. Tal evolución difiere de lo acontecido en otros países de la región donde la tasa de desocupación abierta no habría llegado a valores tan elevados como los registrados en Argentina debido, entre otros factores, al incremento que en ellos mostraron las ocupaciones informales.

No fue sino hasta la segunda mitad de 1996 cuando se inicia una fuerte expansión del empleo: a lo largo del año que media entre los meses de mayo de 1996 y octubre de 1997 el empleo total creció 10%. A juzgar por lo que aconteció hasta la primera mitad de 1996 y por lo que sugieren los datos del Gran Buenos Aires, esta fuerte expansión fue aún más importante entre los asalariados (Cuadro 1).

Durante la recesión de 1995 se afectó fuertemente el empleo de la construcción, la industria, el comercio y los servicios personales mientras que los otros servicios continúan expandiéndose. Por su parte, la recuperación del empleo iniciada en 1996 fue generalizada aunque los mayores incrementos se registraron en la construcción, los servicios financieros y a las empresas, y en los personales. También crecieron las ocupaciones manufactureras. Sólo el comercio se mantuvo estancado.

Este crecimiento que experimentó el empleo durante la fase expansiva de 1996 y 1997 se basó en buena medida en las ocupaciones asalariadas no registradas a punto tal que ellas explican el 90% del aumento neto de los puestos asalariados. Se estimaba que en mayo de 1997 la proporción de estas posiciones alcanzaba al 42% en el conjunto de las ciudades que cubre la encuesta de hogares.

Por su parte, una encuesta a empresas formales indica que hacia el final de 1996 se observa un crecimiento significativo de trabajadores a prueba. Podría estar sucediendo que parte de los puestos no registrados que capta la encuesta de hogares correspondan efectivamente al período de prueba por lo que no resulten estrictamente “no registrados”. De cualquier manera, sea por una vía o la otra, se aprecia que la mayor parte de los nuevos puestos generados recientemente son de naturaleza precaria e inestable. Este pano-

rama se refuerza si se tiene en cuenta que aquel mismo relevamiento a empresas informa de un crecimiento de los contratos a tiempo determinado, modalidades instauradas en el Ley de Empleo sancionada en 1991 cuya adopción por parte de las empresas había crecido lentamente. Se deduciría, entonces, que los nuevos empleos estrictamente registrados y que no se encuentran durante el período de prueba serían en buena medida también de carácter transitorio.

Se deduce de esta evolución del empleo que habría habido una elevación de la rotación de la mano de obra, lo que se advierte especialmente entre quienes se encuentra en período de prueba.¹³ Ello indicaría que el mismo no es usado sivamente con su objetivo natural, esto es, comprobar la idoneidad del trabajador para el puesto, sino que se recurriría al mismo como una manera de contratar trabajadores con un costo laboral total bajo.

A lo largo de todo el período bajo análisis las tasas de desempleo resultaron similares para trabajadores de distinta calificación, con la excepción de los profesionales universitarios, cuya desocupación era mucho más baja. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la evolución del empleo de los diferentes grupos de trabajadores estuvo relacionada directamente con su nivel educativo, ya que aquellos menos educados enfrentaron los mayores obstáculos (Cuadro 4). Este comportamiento, que podría perdurar en el futuro cercano, respondería no sólo a una elevación de los requerimientos educacionales que se asocian a la modernización tecnológica, sino al incremento de los requisitos que imponen las empresas para cubrir las vacantes en un contexto de fuerte desempleo.

Aún cuando la mayor parte del crecimiento de la desocupación del Gran Buenos Aires obedeció a un importante flujo de nuevos activos, su duración media sigue creciendo lentamente. En estas condiciones, podría verificarse la consolidación de un “núcleo duro” de trabajadores desocupados. En el mismo sentido apunta el incremento de la tasa de desempleo de los activos de 50 o más años.

La dinámica del empleo comentada en los párrafos anteriores, así como lo acontecido con la inflación, no pudo dejar de tener impacto sobre los ingresos. Inicialmente, la significativa desaceleración del ritmo de crecimiento de los precios y el aumento del empleo, posibilitaron una importante recuperación de las remuneraciones. A partir de 1993, la escasa creación

Cuadro 4. Estructura del empleo por nivel educativo. Gran Buenos Aires (%)

	Total	Hasta primario incompleto	Primario completo	Secundario incompleto	Secundario completo	Superior o Universitario incompleto	Superior o Universitario completo
Oct./74	100,0	27,8	33,1	16,8	11,3	6,9	4,2
Oct./80	100,0	19,4	34,6	18,2	14,1	7,6	6,0
Nov./86	100,0	16,3	31,4	19,3	15,0	9,0	9,0
Mayo/90	100,0	12,7	30,9	18,7	17,8	9,9	10,1
Oct./90	100,0	12,0	32,2	18,9	16,8	9,3	10,7
Mayo/91	100,0	11,9	30,8	19,7	16,9	9,6	11,2
Oct./91	100,0	11,8	31,0	19,6	18,2	9,3	10,3
Mayo/92	100,0	11,4	31,2	19,3	18,3	9,6	10,1
Oct./92	100,0	10,1	30,5	20,3	17,8	9,8	11,5
Mayo/93	100,0	9,5	29,1	20,7	18,8	10,3	11,6
Oct./93	100,0	10,8	28,0	21,3	17,6	10,8	11,4
Mayo/94	100,0	9,7	27,6	21,8	18,6	11,0	11,3
Oct./94	100,0	8,5	30,7	19,7	18,8	10,6	11,7
Mayo/95	100,0	9,6	29,6	19,8	16,9	11,5	12,6
Oct./95	100,0	8,3	30,3	18,8	18,1	12,3	12,2
Mayo/96	100,0	8,4	29,3	18,6	18,8	11,9	12,9
Oct./96	100,0	8,3	28,4	19,3	19,7	11,2	13,1
Oct./97	100,0	8,3	25,4	21,0	17,6	14,1	13,6

Fuente: En base a la Encuesta permanente de hogares del INDEC.

— e incluso destrucción — neta de puestos de trabajo, y el consecuente mayor subempleo, restringe el poder negociador de los sindicatos, debilitamiento que se ve agudizado por las alteraciones introducidas en el marco regulatorio del mercado de trabajo. El resultado es un reducido dinamismo de las remuneraciones, las que se estancaron primero y se deterioran luego. Este comportamiento ha continuado hasta septiembre de 1996 aún cuando el empleo se expandió durante buena parte de ese año. Si bien entre este último mes y abril de 1997 se aprecia una recuperación de los ingresos, ellos vuelven a caer en los meses siguientes a juzgar por los datos correspondientes a septiembre. Debe recordarse que en este período se produjo un muy importante aumento de la ocupación asalariada (del 4,4% en el Gran Buenos Aires, equivalente a una tasa anual de casi 9%).

El aumento del ingreso medio del conjunto de los ocupados que se verificó durante los primeros años de la convertibilidad no afectó mayormente el grado de desigualdad de su distribución, la que permaneció prácticamente constante y a los mismos altos niveles de fines de los ochenta. Entre los asalariados hubo una leve disminución de la desigualdad, lo cual obedeció a

que en 1991 crecieron más rápidamente las remuneraciones de los trabajadores con calificaciones bajas y medias — a juzgar por el nivel de instrucción. Entre 1992 y 1994, por el contrario, se modifica la tendencia, ganando posiciones relativas las remuneraciones de aquellos con instrucción terciaria completa o incompleta, tendencia que se agudiza durante la fase recesiva posterior, cuando la distribución desmejora sensiblemente.

CONCLUSIONES

Como en muchos países de la región, el programa de reformas estructurales de Argentina de principios de los noventa se llevó a cabo conjuntamente con la implementación de medidas tendientes a atacar los profundos desajustes macroeconómicos, ya que la estabilización resultaba imprescindible para lograr cambios efectivos en el régimen económico. Más aún, en muchos casos no es posible distinguir a cual de estos objetivos apuntaban algunas medidas concretas. Como consecuencia del rápido control de la inflación y de su impacto sobre el consumo (vía el incremento de las remuneraciones reales y la aparición del crédito), se produjo un fuerte crecimiento de la demanda agregada que repercutió muy favorablemente sobre el empleo a lo largo de 1991 y 1992.

Sin embargo, también comenzaron a operar los efectos de la reestructuración productiva que se derivaban de las nuevas reglas del juego — apertura, desregulación, privatizaciones. Ellos tendían a reducir el empleo, o al menos, la relación empleo/producto a través de, por un lado, la disminución de la oferta doméstica de ciertos productos como resultado de la competencia externa y, por el otro, del aumento de la productividad experimentado tanto en la producción de transables como no transables. Esto último se derivaba de la mayor presión competitiva que significó la apertura comercial pero también de los cambios en los precios relativos y de la facilidad de acceder a tecnología moderna por parte de un aparato productivo tecnológicamente atrasado. El resultado de la reconversión fue que el empleo agregado se estancase o aún cayese en períodos de fuerte aumento del producto, como en 1993 o 1994.

La recesión ligada a la crisis internacional impactó fuertemente sobre el empleo al agudizar la tendencia declinante que se venía observando durante

los meses anteriores. La consecuencia fue una expansión inusitada del desempleo abierto, rasgo que ha caracterizado al funcionamiento del mercado de trabajo desde 1993. Por el contrario, la recuperación posterior al “tequila” ha ido acompañada de una elevación muy significativa de la ocupación aún cuando ella ha exhibido una estructura peculiar, tal como se señaló más arriba.

El escaso tiempo transcurrido desde que se pusieron en marcha las reformas estructurales, los efectos que tienen los procesos de reconversión y la existencia durante estos años de episodios cíclicos, hacen difícil poder desentrañar las características típicas del mercado de trabajo del régimen económico que va emergiendo. Por lo tanto, no se disponen de bases suficientemente sólidas como para identificar probables escenarios respecto de la evolución del empleo.

El debilitamiento de la elasticidad empleo/producto durante la transición asociada a la reestructuración productiva ha sido, al inicio, particularmente agudo a lo cual han colaborado factores como el retraso cambiario y el escaso desarrollo del sistema financiero. Si bien estos se habrían moderado — aunque no desaparecido — es posible considerar que continuarán los ajustes en las estructuras productivas de varios sectores — de transables y no transables — así como en los sectores públicos de varias jurisdicciones provinciales y municipales.

Desde una perspectiva de más largo plazo, otro elemento que podría afectar negativamente el comportamiento de la demanda laboral podría ser la proclividad del régimen a experimentar episodios cíclicos derivados de factores externos. En el mismo sentido jugaría la especialización del sector transables en bienes intensivos en recursos naturales.

Sin embargo, los desarrollos de la ocupación en la industria no han sido — y lo serán aún menos en el futuro — determinantes de lo que acontece con el empleo total. Por tanto, el tema central de indagación debería ser el evaluar la relevancia de factores que operarían favorablemente sobre la demanda de trabajo en servicios. Esta es una temática que trasciende a la del mercado de trabajo e implica analizar la capacidad del régimen para generar una dinámica de la demanda agregada que provoque aumentos de la de trabajo suficientes como para dar cuenta de la expansión de la oferta. Desde el lado estricto de la cuestión del empleo, cabe señalar que el desarrollo técni-

co lleva a la necesidad de prever que la elasticidad empleo/producto “normal” en servicios — y quizás también en sectores como construcción — será en el futuro menor que la histórica (aunque mayor que la correspondiente a la manufactura).

Lo sucedido durante 1996 y 1997, cuando la ocupación creció muy aceleradamente, podría sugerir que los pronósticos pesimistas en este plano no serían, sin embargo, razonables. Nuevamente no se tiene todavía la perspectiva suficiente para evaluar acabadamente la coyuntura, pero se han indicado algunos rasgos de este proceso que arrojan dudas sobre su sostenibilidad. Cabe mencionar, por ejemplo, el fuerte crecimiento del empleo industrial — situación atípica no sólo en el contexto nacional sino internacional — así como el hecho de que la casi totalidad de la expansión consistió en puestos clandestinos.

De lo anterior se deduciría que una condición necesaria para un mejoramiento de los altos niveles de desempleo parece ser un crecimiento económico sostenido y que proceda a tasas superiores a las experimentadas históricamente en el país. En ese contexto, es posible — aunque no puede asegurarse — que se verifiquen aumentos también sostenidos de la demanda de trabajo agregada.

Los elevados desempleos actuales constituyen un elemento que sugiere que por algún tiempo todavía las remuneraciones reales difícilmente puedan exhibir una evolución creciente. Más aún, los diferenciales de productividad entre sectores y la continuación del sesgo de la demanda de trabajadores más calificados dificultarán que se pueda reducir, y posiblemente aumenten, los ya elevados grados de desigualdad de la distribución del ingreso.

RESUMO

O artigo faz uma revisão das modificações que o mercado de trabalho argentino vem experimentando no marco da profunda mudança de regime econômico que começou no início da década de 1990. A abertura econômica, as privatizações e a desregulação de vários mercados conformam uma nova realidade, que atinge o mercado de trabalho. Alguns destes aspectos, assim como das políticas macroeconômicas destinadas a abater a alta e persistente inflação, levaram a um processo de reconversão do apar-

to produtivo que influiu sobre a demanda de trabalho. Este fato e desenvolvimentos ocorridos na oferta de trabalho explicam as elevadas taxas de desemprego aberto — que chegaram a alcançar 18% —, fenômeno não conhecido anteriormente no país. Esta não é, porém, a única característica do período, já que a estrutura da ocupação também se transformou, destacando-se a maior participação do emprego assalariado não registrado (sem carteira) e, em geral, precário. Com o objetivo de oferecer uma perspectiva temporal que permita entender melhor as transformações recentes, o artigo também descreve, inicialmente, a evolução do mercado de trabalho desde a década de 1970.

ABSTRACT

The paper review recent changes in Argentinean labour market as part of the process of structural reforms which is being experienced since the beginning of the nineties. Reduction of tariff and non-tariff barriers, privatisation and deregulation of several markets were all factors which lead to a new scenario which influenced the functioning of the labour market. In particular, these factors coupled with the effects of stabilisation policies implemented during these years in order to eliminate the high and persistence level of inflation, led to a process of productive restructuring which affect labour demand. As a consequence of these developments and also of changes experienced by labour supply, a phenomenon previously unknown in post-world war Argentina — high open unemployment — appeared (and reached a record value of 18%). But open unemployment is not the only important feature of the present decade as the structure of employment also showed several changes; an increase in the share of precarious employment is perhaps one of the more notorious. A brief summary of labour market developments since 1975 is included in the article as it allows a better understanding of those more recent transformations.

NOTAS

1. El manejo del tipo de cambio ya había sido usado para inducir una baja de la inflación desde 1978.
2. La tasa mensual de aumento de los precios al consumidor se redujo del 8% en 1978 al 5,4% en 1980. Sin embargo, a lo largo de este último año el tipo de cambio creció al 2,3% mensual.

3. Los “subempleados visibles” son personas que se encuentran trabajando involuntariamente a jornada parcial, esto es, aquellos que trabajan un número de horas diarias menor que la normal y que desean trabajar más horas.
4. Compuesto — sobre la base de las estadísticas disponibles — por trabajadores por cuenta propia, no profesionales, más asalariados en establecimientos de cinco o menos personas, más los ocupados en servicio doméstico.
5. Información correspondiente a los dos últimos censos de población muestran, en efecto, un crecimiento del empleo gubernamental en muchas provincias, mecanismo que ha operado como uno de los absorbedores de la fuerza de trabajo redundante.
6. Debido a problemas metodológicos, estas cifras no son estrictamente comparables con las incluídas en el Cuadro 2 que se analizará más adelante.
7. Que constituye el conjunto más parecido al que captan los relevamientos a unidades productivas.
8. De acuerdo con las anteriores series oficiales de cuentas nacionales.
9. Los incrementos logrados en la recaudación tributaria más que compensaron los efectos de la reducción de las tasas sobre el comercio exterior (ver más abajo).
10. Esa tasa oscilaba alrededor del 7% entre octubre de 1990 y enero de 1991 y se había elevado al 27% en febrero, producto de la devaluación y otras medidas (como la elevación de ciertas tarifas).
11. El promedio de los aranceles se ubicó en el 10% (era del 26% en octubre de 1989) mientras que el máximo era de 22%. Los acuerdos del Mercosur significaron que la protección promedio fuese aún inferior a aquel valor. Véase Kosacoff, 1993, p. 41-42 y Bouzas, 1994, p. 15.
12. Definido como los cuenta propia no profesionales más los patrones y asalariados de establecimientos de 5 ocupados y menos.
13. Las tasas de despido de los trabajadores durante el período de prueba eran ocho veces superiores a la de aquellos que ya no estaban en esta situación (esto es, los que gozaban de un contrato típico o a tiempo indeterminado).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BECCARIA, L., LÓPEZ, N. (1996) “Notas sobre el comportamiento del mercado de trabajo urbano”. In: ———. (comps.) *Sin Trabajo*. Buenos Aires : UNICEF/LOSADA.
- BOUZAS, R. (1994) “Más allá de la estabilización y la reforma. Un ensayo sobre la economía argentina a comienzos de los '90”. *Desarrollo Económico*, 129.
- KOSACOFF, B. (1993) “La industria argentina: un proceso de reestructuración desarticulada”. In: B. Kosacoff *et al.* *El desafío de la competitividad*. Buenos Aires : CEPAL-Alianza.
- Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos (1993) *Argentina en crecimiento 1993-1995 II*, Cuadro 1.3.